

# Mi alma está triste hasta la muerte (Mt 14,34)

---

Javier Álvarez-Ossorio ssc  
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 100 – 2 de marzo de 2016



© Henri Cartier Bresson  
Alemania, 1945

---

## Jesús

La Pascua requiere la travesía de la **oscuridad**. La alegría de la luz solo llega al amanecer. Primero es la tristeza de la noche. *“Al despertar, me saciaré de tu semblante”* (Salmo 17,15).

Los **Salmos** expresan la oración de Jesús, su diálogo con el Padre. En muchos Salmos escuchamos el alma de Jesús al entrar en su pasión. Esas oraciones nos sirven de puerta hacia los sentimientos del corazón de Cristo. Estremece rezar con esas palabras, imaginándolas en la boca de Jesús angustiado y triste. Os pongo algunas a continuación. Saboreémoslas lentamente:

*Piedad, Señor, mira cómo me afligen mis enemigos (9,14). ¿Por qué te quedas lejos, Señor, y te escondes en el momento del aprieto? (10,1). ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro? (13,2). Da luz a mis ojos para que no me duerma en la muerte, para que no diga mi enemigo: “Le he podido” (13,4-5). Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (22,2). No te quedes lejos, que el peligro está cerca y nadie me socorre (22,12). Estoy como agua derramada... mi corazón, como cera, se derrite en mis entrañas (22,15). No me entregues a la saña de mi adversario (27,12). Ven aprisa a libramme (31,3). Se conjuran contra mí y traman quitarme la vida (31,14). Son muchos los que me aborrecen sin razón (38,20). No seas sordo a mi llanto (39,13). Dios mío, no tardes (40,18). Despierta, Señor, ¿por qué duermes? (44,24). Hombres violentos me persiguen a muerte (54,5). Dios mío, sálvame, que me llega el agua al cuello (69,2). Por ti he aguantado afrentas, la vergüenza cubrió mi rostro (69,8). Acércate a mí, rescátame (69,19). La afrenta me destroza*

*el corazón y desfallezco (69,21). Una banda de insolentes atenta contra mi vida (86,14). Mis enemigos me insultan sin descanso (102,9). Alejaste de mí amigos y compañeros: mi compañía son las tinieblas (88,19)...*

En medio de la oscuridad, Jesús se entrega confiadamente al amor del Padre. Esa **esperanza** lo sostiene. Así, en la mañana de Pascua, el Resucitado podrá cantar:

*Señor, Dios mío, a ti grité, y tú me sanaste; Señor, sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa (30,3-4) Libraste mi alma de la muerte, mis pies de la caída; para que camine en presencia de Dios a la luz de la vida (56,14)*

Pero el día de Pascua no anula la noche de la pasión, sino que la vuelve más patente y dramática. La oscuridad de Jesús es angustia y tristeza. Su tristeza es también **decepción**. Sus amigos le abandonan. Los suyos no le han comprendido. El pueblo no alcanza a reconocer a Dios. No se puede confiar en nadie. Los intereses de unos y otros endurecen los corazones. Todo esfuerzo de cambio parece vano. El odio y el resentimiento podrían servir de protección, pero Jesús sigue amando a pesar de todo, y por eso su alma acaba por estar *"triste hasta la muerte"* (Mc 14,34).

## El Buen Padre

Este año, el domingo de Pascua cae el 27 de marzo, aniversario de la muerte del Buen Padre. Es solo una coincidencia, pero me ha hecho pensar en cómo el Buen Padre atravesó también la oscuridad y la tristeza en su camino de fe.

El Buen Padre era capaz de mostrar un gran entusiasmo en los momentos alegres (como cuando la Congregación fue reconocida por la Santa Sede o se nos fueron confiadas las primeras misiones de ultramar). Pero, sobre todo, el Buen Padre hizo prueba de fortaleza de fe en los momentos difíciles, que fueron los más numerosos. Esa fortaleza se basa en la confianza en la Providencia, en la fe en el amor bondadoso de Dios, y en el convencimiento de que tenemos que **participar en los sufrimientos de la cruz de Cristo**. *"Estamos hechos para ser maltratados aquí abajo, como seguidores de los sufrimientos del Corazón del Buen Dios"* (23/12/1824, carta a Martin Calmet). *"¿Pueden los hijos de la cruz esperar otra cosa que cruces, junto con la dulzura de la gracia que hace amar su amargura?"* (14/10/1803, carta a la hermana Gabrielle de la Barre).

Esta fortaleza, sin embargo, deja transparentar también el **dolor de la decepción** y la tristeza provocada por la vanidad de los seres humanos. El 4 de agosto de 1804, escribe a la hermana Gabrielle de la Barre: *"No se fíe de ningún apoyo humano; los mejores sólo saben hacer ruido e incluso su fogosidad, en las tareas más arduas, no produce más que humo. He experimentado que, aquí abajo, todo es decepción"*.

Esa tristeza se agravará en los últimos años de su vida, pero sin llegar nunca a vencer su fe en Dios ni su afecto bondadoso hacia los hermanos y las hermanas.

## Nosotros

Hablando de las tentaciones de los agentes pastorales, el Papa Francisco nos advierte contra una “**tristeza dulzona**, sin esperanza, que se apodera del corazón” cuando uno se encuentra “desilusionado con la realidad, con la Iglesia o consigo mismo”. Esa tristeza acaba robando la alegría evangelizadora (*Evangelii Gaudium* 83). Hay un placer en la amargura producida por la decepción y por el propio pecado, un placer enfermo (cf. Francisco, *El nombre de Dios es misericordia*, 2016, capítulo VI). Es el placer del escéptico que juzga con sarcasmo los esfuerzos de conversión de los demás.

Me parece que existe otra tentación igualmente fuerte, que nos ataca desde el flanco opuesto: el **entusiasmo ingenuo**, que consiste en considerar acríticamente que todo lo que hacemos está conducido por el Espíritu de Dios y solo puede dar buenos frutos. Esa tentación nos hace sentirnos importantes y nos eleva la autoestima, pero nos encierra en el pequeño mundillo de nuestros asuntos, y nos evita la necesaria confrontación con una realidad que es tremendamente cruel y decepcionante.

Para celebrar la Pascua como conviene, **entremos en la tristeza de Jesús**. Por carisma, estamos llamados a entrar en el dolor de su corazón y a ver la realidad a partir de sus heridas. Sintamos el desgarramiento del mal, de lo que no funciona, del sufrimiento de tanta gente, del pecado. Si nos aferramos a Jesús, esa tristeza no asusta, la decepción no paraliza. Misteriosamente, la tristeza de Jesús le conduce a un desbordamiento de ternura y de compasión (“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”, Lc 23,34).

No hace falta esconder la miseria del mundo y la nuestra propia para poder dar un mensaje de esperanza. Al contrario. Como dice el Siervo sufriente del libro de Isaías: “El Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido **una palabra de aliento**” (Is 50,4). Ver la realidad tal como es, con sus aristas más oscuras, provoca tristeza y decepción, ciertamente. Pero solo a partir de ese realismo, que es verdadera humildad, se puede salir de uno mismo y ejercer la misericordia. No olvidemos que una de las obras de misericordia espirituales es precisamente la de consolar al triste, “decir al abatido una palabra de aliento”. El que conoce la tristeza, ése puede consolar. Quien atraviesa la oscuridad, está en condiciones de abrir los ojos a la luz. Quien reconoce que se hunde, ése puede ser salvado.

¡Feliz Pascua de resurrección!

